

UN DESAFÍO EDUCATIVO



Por Rubén Torres

La primera década de los 2000 fue la mejor para América latina desde 1960. Unos 73 millones de personas salieron de la pobreza, la inversión extranjera alcanzó niveles récord, superando los 150.000 millones de dólares en 2011 (aunque dirigida fundamentalmente a proyectos extractivos, que no ayudan a modernizar el modelo productivo y la formación de técnicos). Se vivió un período de crecimiento económico excepcional y las condiciones internacionales aún brindan una oportunidad histórica. Hay además un bono demográfico y altos precios de exportación de la producción primaria, que tiene fecha de vencimiento, y que, de no aprovecharse, el crecimiento no será sostenible y dejará una deuda de enormes frustraciones de poblaciones que verán trunco su camino iniciado de salida de la pobreza.

Sin embargo, después de una década de crecimiento sostenido solo el 2% de la población es “rica” en América latina (con ingresos de más de 50 dólares por día) y menos del 30% es de clase media (ingresos de entre 10 y 50 dólares por día). Esta situación requiere entender que en el mundo actual la riqueza sostenible ya no viene del territorio, la posición geográfica, la dotación de recursos naturales, ni la cantidad de población.

La mayor parte del valor proviene de servicios altamente especializados, de la creatividad y el conocimiento. El activo crítico es el talento humano y la capacidad de innovación (menos de un tercio del precio de un iPhone queda en China -donde se fabrica casi íntegramente- y más de dos tercios en Estados Unidos para la empresa Apple, por el diseño, marketing y software). Hoy en día hay mucho capital disponible en el mundo y por lo tanto su costo es casi cero. El recurso escaso es gente educada con habilidades para transformar ese capital en innovaciones. La geopolítica de la riqueza está definida por dónde se produce el conocimiento, se

radican los talentos y se generan las innovaciones. Una economía moderna, es motorizada por tres actores: Estado, empresas y universidades. Las universidades generando conocimiento que deben utilizar las empresas para aumentar su competitividad y el Estado garantizando estabilidad y la infraestructura necesaria. El rendimiento depende del sistema educativo y tecnológico, y hay que resolver sus déficits. En los países industrializados más del 40% de los jóvenes logran graduación en el nivel universitario. En América latina es inferior, pero en la última década se registró un claro avance: entre 2003 y 2013 la graduación anual universitaria creció 86% en Brasil, 147% en Chile y 158% en Colombia. En nuestro país la graduación total universitaria creció apenas 46% en la última década según el Ministerio de Educación. Pese a eso, en Brasil, menos del 10% de la población culminó una carrera universitaria, en Canadá el 50%, en Corea del Sur casi 60%; allí se gradúan tantos ingenieros por año como en toda América latina junta.

Estos déficits sólo se pueden corregir con un gran consenso social, voluntad política e inversiones sostenidas a lo largo de una o dos generaciones. Nada de eso es lo que estamos viendo. No solamente hay menos gente educada, sino que la calidad de su aprendizaje es mucho menor. En las pruebas PISA de 2009, el 20% más rico de los alumnos latinoamericanos (que van a escuelas privadas casi todos), rindió menos que el 20% más pobre de los alumnos de países de la OCDE.

Según las mismas pruebas, América latina es la región del mundo con la mayor diferencia de aprendizaje entre escuelas. En Finlandia la diferencia entre las mejores y las peores escuelas es menor al 5%. En Argentina existe una enorme diferencia entre el aprendizaje que logran los alumnos en las escuelas de los barrios más ricos y los de los más pobres. Esta desigualdad ha creado una trampa de inmovilidad social: los hijos de los más pobres reciben menos educación y de me-



nor calidad, lo que, a su vez en un círculo vicioso, agranda su brecha de ingresos con los más ricos que asisten a mejores escuelas.

El acceso a educación de calidad es un imperativo moral, pero además un imperativo económico (miles de talentos potenciales atrapados en villas miseria y sin acceso a una educación de calidad, nunca van a poder transformar su talento genético en competencias efectivas). Además de la brecha educativa hay una de innovación igualmente grande: menos del 10% de las universidades latinoamericanas investigan (en el sentido de publicar por lo menos 300 trabajos por año); Singapur con 5 millones de habitantes publica más artículos de ingeniería que Brasil con 200 millones de habitantes. Corea del Sur publica el doble de artículos en ingeniería que toda América latina junta. Así, Argentina y América latina se han transformado en demasiadas caras para producir barato y demasiado poco educadas para producir bienes o servicios más sofisticados.

La transición de ingresos medios a altos involucra aumentar la calidad del capital humano y fortalecer la capacidad de investigación, las dos grandes brechas que tenemos por delante. No existen fórmulas genéricas para el desarrollo, pero sí factores comunes. El primero es disminuir las enormes desigualdades de ingreso que hay en nuestro continente. Para eso, se deben mejorar la calidad

La última década nos dejó dos grandes aprendizajes sobre reforma educativa. Uno es que más gasto no asegura mejores resultados. Por eso muchos países, como Argentina, que han aumentado su gasto educativo sin realizar reformas, no han conseguido ni van a conseguir mejores resultados de aprendizaje

y equidad de la educación. Muchos de nuestros países están intentando disminuir la desigualdad a través de transferencias de ingresos a los más pobres, lo cual es efectivo en una primera etapa, pero crea una mejora solo transitoria, porque si ese ingreso desaparece, vuelven a la pobreza inicial. Tenemos que crear capacidad en los más pobres para generar ingresos, enseñarles oficios y profesiones con real demanda en el mercado laboral. Un punto central de la agenda estratégica es reformar los sistemas educativos para que funcionen como mecanismos reales de expansión de oportunidades. La última década nos dejó dos grandes aprendizajes sobre reforma educativa. Uno es que más gasto no asegura mejores resultados. Por eso muchos países, como Argentina, que han aumentado su gasto educativo sin realizar reformas, no han conseguido ni van a conseguir mejores resultados de aprendizaje. El segundo gran aprendizaje sobre reforma educativa es que no existe un *trade-off* inevitable entre excelencia y equidad: hemos visto que algunos de los mejores sistemas educativos del mundo son también los más igualitarios.

Toda reforma educativa debe comenzar por reenfocar los fondos públicos que en muchos países terminan beneficiando a los alumnos más ricos en lugar de los más necesitados. Es necesario jerarquizar la profesión docente a través de la formación y los requisitos para ejercerla, lo cual no depende exclusivamente del sueldo (en Finlandia el sueldo medio de un docente es similar al de un bombero o una enfermera; sin embargo, los docentes deben tener una licenciatura y una maestría para ejercer la docencia, todos son *full time* de su centro educativo y trabajan en equipos multidisciplinares).

Otro de los objetivos es llevar los mejores docentes y directores a los colegios con estudiantes con mayores dificultades, pues es habitual que a medida que los profesores y directores van subiendo en su carrera, son asignados a escuelas con menos problemas, lo cual obviamente no mejora las cosas. Es posible refundar nuestros sistemas educativos y tecnológicos. Demandará tiempo, recursos y voluntad política. Si el liderazgo se focaliza en estas metas, los próximos años pueden transformar nuestro continente, en caso contrario será otra oportunidad histórica perdida. 